

reñido con el disfrutar de la Belleza, que se refleja, aunque de forma pasajera, en el mundo. Pues la belleza sosiega el alma y hace agradable el viaje¹³¹.

El rey usurpador: ¡Traedme Luz! Luz! Luz!

Claudio, el rey usurpador asesino del Rey legítimo (su hermano y padre de Hamlet), encarna una actitud ampliamente censurada en la revelación coránica: la de intrigar, tramar o urdir planes para satisfacer los deseos oscuros del alma inferior, compulsiva y animal pero astuta y afilada, instigadora de todo tipo de planes pérfidos, capaz de verter veneno para usurpar la corona y el poder, buscando la libertad y hundiéndose cada vez más sin percatarse.

“¡Traedme Luz. Fuera! Luz, luz, luz!”¹³²; con estas palabras desesperadas reacciona el Rey usurpador ante el espectáculo que unos actores ambulantes representan bajo las directrices ocultas de Hamlet, y que reproduce los hechos reales del asesinato de su hermano. De repente aquella inocente función de teatro le hace las veces de espejo de su propia maldad, y Claudio, sumido en un insoportable sentimiento de culpa, pide luz para disipar la oscuridad de su alma.

Esta actitud consistente en urdir intrigas se denomina *maker* en terminología coránica, y como toda acción humana tiene su origen en la acción divina que es capaz de intrigar también contra aquellos que rebasan todo límite. El *maker* divino consiste así en dejar que el villano actúe sin atisbar

131 Doy una explicación más detallada del mito de Ulises y las sirenas en *Platonismo y Sufismo*, véase el Cap. III, pp. 123-135.

132 W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena II.

siquiera ni una pizca de su propia maldad, velándole el fundamento injusto de su acción, y descubriéndoselo cuando ya es demasiado tarde. Quien urde intrigas sin respetar los medios adecuados para conseguir sus deseos es así víctima de una ineludible intriga mayor. El *makr* se extiende a todos aquellos que, por falta de luz, viven sumidos en la oscuridad y siembran la injusticia, pues ambos términos, ‘oscuridad’ e ‘injusticia’, se construyen con la misma raíz lingüística árabe (z l m): *zulumāt* (oscuridad, tinieblas) y *zalama* (injusticia). Quien no tiene luz es injusto, consigo y con los demás, de ahí que la necesidad de adquirir luz (*nūr*) se considere uno de los propósitos fundamentales del método sufi, y de ahí también el grito desesperado del rey usurpador: ¡Traedme Luz!

Sin embargo, la Luz no se da a cualquiera. Efectivamente, para que el alma pueda arrepentirse de sus malas costumbres, tiene que darse un previo alumbramiento de la conciencia en el que ésta pueda verse, aunque sea brevemente, en relación con una posibilidad de perfección superior. Y este alumbramiento es siempre una gracia divina. Todo el método del sufismo está orientado a purificar el alma para que pueda recibir el don de la iluminación. Por ello el mismo Profeta pedía luz en sus oraciones.

El personaje del rey Claudio encarna varias pasiones, entre ellas la envidia, de la que Rūmī llega a decir que es quizá la peor de todas las inferioridades. La envidia, dice el maestro de Konya, es juzgar a otra persona y considerarla igual que uno mismo. Su fortuna, dice, pone en evidencia por contraste tu fortuna inferior¹³³. En su origen está el momento en que el Demonio (*Šaytān*) por vergüenza de la propia inferioridad que sintió respecto a Adán hizo lo que hizo. El envidioso desea así, por envidia, encumbrarse a sí mismo, pero secretamente reconoce su inferioridad

133 Cf. J. Rūmī, *Mathnawī*, vol. II, pp. 66-67 (versos 805-813).

intrínseca y desea derramar sangre. Por tanto, el antídoto contra la envidia es aceptar el origen santo de los dones, porque nadie siente envidia de Dios ni del Profeta, pues ha quedado establecida su superioridad.

En el Corán encontramos el arquetipo de esta pasión en varias aleyas que la tratan desde distintas perspectivas de la sabiduría. Bien al principio, en la cuarta azora, se prescribe no ansiar lo que los otros tienen de más:

“Así pues, no codiciéis aquello que Dios ha concedido en mayor abundancia a unos que a otros. Los hombres obtendrán una recompensa conforme a sus méritos y las mujeres obtendrán una recompensa conforme a sus méritos. Pedid, pues, a Dios [que os dé] de Su favor: ciertamente, Dios tiene en verdad conocimiento de todas las cosas”¹³⁴.

Aquí, el término que se traduce como ‘codiciéis’ es el mismo que en otras aleyas se traduce como ‘envidiar’. Vemos que la prohibición de envidiar no es una prohibición a secas, pues quien siente envidia a menudo no puede evitarlo, sino que se acompaña de la recomendación de hacer buenas acciones, pues las obras meritorias van a producir recompensas (que quizás serán entonces envidiadas por otros). Además, el pasaje prescribe también que no se pidan los favores a otro que a Dios, lo que protege contra la tentación de conseguir aumentar la fortuna a través de estrategias (*makr*) ilegítimas. Aceptar el origen santo de los dones, pidiéndolos a la fuente, y centrarse en las propias acciones meritorias son así los remedios para la envidia.

Por ejemplo, la limosna ritual, uno de los pilares del islam, se erige como eficaz antídoto contra la pasión de la envidia en general, sobretudo la relacionada con lo material,

134 C. 4:32 (trad. de M. Asad).

pues la limosna purifica la propia riqueza e impide el deseo de la ajena. Pero la envidia puede manifestarse de distintas formas, ya sea envidia por las posesiones o el poder ajenos o envidia por la belleza ajena, la raíz es la misma. Respecto a esta última dice Rūmī que si alguien es tocado por la fealdad debe no hacerla más grande con la fealdad interior, sino centrarse en las buenas acciones que es capaz de hacer. Se trata por tanto de jugar con las cartas recibidas, no importa cuáles sean, sin preocuparse por las cartas de los demás, pues el mérito está en jugar de la mejor forma posible, limpia y honestamente, y las propias cartas equivalen a los dones recibidos. Y, paradójicamente, centrarse en los dones recibidos sin mirar los ajenos es encontrar el propio camino, pues los dones jamás son puestos en vano, sino que lo son para ser manifestados, y Aquel que los pone da el camino también para que se desarrollen.

Otro pasaje del Corán relevante en relación a dicha pasión dominante es el que se refiere a la ya comentada historia de Coré (*Qarūn*), al que se le había dado gran cantidad de riquezas de las cuales se regocijaba:

“Y apareció ante su pueblo con sus adornos; entonces dijeron los que querían la vida de este mundo: ¡Ojalá y tuviéramos lo mismo que se le ha dado a Qarún, realmente tiene una suerte inmensa! Y dijeron aquéllos que habían recibido conocimiento: ¡Ay de vosotros! La recompensa de *Allāb* es mejor para el que cree y actúa con rectitud, pero no la consiguen sino los pacientes. Hicimos que la tierra se tragara a él y su vivienda. No hubo ningún grupo que, fuera de Dios, le auxiliara, ni pudo defenderse a sí mismo. A la mañana siguiente, los que la víspera habían envidiado su posición dijeron: <<¡Ah! Que Dios dispensa el sustento a quien Él quiere de sus Siervos: a unos con largueza, a otros con mesura.

Si Dios no nos hubiera agraciado, habría hecho que se nos tragara. ¡Ah! ¡Que los infieles no prosperarán!>>¹³⁵.

Vemos que los que lo habían envidiado, debido a que Coré se mostraba con sus riquezas precisamente para despertar la envidia, reconocen al fin el origen santo de los dones, pues Dios dispensa la provisión según una medida determinada, a unos con largueza y a otros con mesura.

Es interesante que la raíz lingüística del término coránico que se traduce por ‘envidiar’ es M N Y, la misma con la que se forma el nombre de un ídolo de la época de la ignorancia anterior a la revelación coránica, divinidad conocida con el nombre de *Manāt*. En el siguiente pasaje coránico vemos la misma raíz a la base de dos términos cercanos: por una parte el referido al ídolo mecano y por otra el término que aquí se traduce por ‘desea’ (*tamannā*), de la misma raíz que los términos traducidos por ‘envidiar’. Ambos términos se señalan en cursiva:

“Y ¿qué os parecen al-Lat, al-Uzza y la otra, *Manāt*, la tercera? [...]. No son sino nombres que habéis puesto, vosotros y vuestros padres, a los que Dios no ha conferido ninguna autoridad. No siguen sino conjeturas y la concupiscencia de sus almas, siendo así que ya les ha venido de su Señor la Dirección. ¿Obtendrá el hombre lo que *desea*? Pero la otra vida y esta vida pertenecen a Dios. ¿Cuántos ángeles hay en los cielos, cuya intercesión no servirá de nada, a menos que antes dé Dios permiso a quien Él quiera, a quien Le plazca!¹³⁶.”

Otro término de la misma familia es ‘*mannā*’, que significa ‘inspirar vanos deseos’ o ‘tentar’. Vemos por tanto que la

135 C. 28: 79-82 (se combinan aquí las traducciones de A.G. Melara Navío y de J. Cortés).

136 C. 53: 19-26 (trad. de J. Cortés).

envidia se relaciona con el tema de los vanos deseos que el alma inferior inspira al corazón. Sin embargo, una de las características del *nafs* o alma inferior es la ignorancia, por lo que los deseos no son los deseos profundos del corazón, legítimos en sí mismos, si no que son deseos fundados en la fantasía y no tienen que ver con los dones esenciales. En su raíz está la idolatría, es decir, la perspectiva por la cual se pierde de vista la Unidad esencial y se asocia a Dios con falsas divinidades.

De todo esto se deriva que los deseos son legítimos siempre y cuando se correspondan con los deseos del corazón, y estos son los deseos reales, pues son los que impulsan a manifestar y actualizar los dones o atributos recibidos. Y aquí no podemos hablar de constrictión o falta de libertad del ser humano, pues uno quiere hacer aquello que le permite ser lo que es, es decir, la voluntad del ser humano le lleva a querer realizar su propia constitución, querrá lo que vaya a favor de esta realización y rechazará lo que vaya en contra, y por tanto su voluntad es en esencia la misma que la de Su señor, eso es, la voluntad divina auto delimitada en base a determinados nombres divinos. Es decir, nosotros, al igual que todo ser creado, al ser una concreción determinada, un canal, por así decirlo, por el que el Ser Absoluto se ha delimitado a sí mismo en el proceso de auto manifestación, estamos condicionados por esta delimitación particular que nos rige y que es nuestro Señor particular. La voluntad esencial del ser humano (no los deseos del alma compulsiva) es la misma que la voluntad divina que se ha expresado conformándole de acuerdo a unos patrones o nombres divinos determinados.

Por eso la aleya antes citada dice: ¿obtendrá el hombre lo que desea? La respuesta implícita es que ‘no’, o más bien que ‘depende’, pues si ha unido su voluntad superficial a su Voluntad esencial, que es la voluntad de su Señor, entonces

deseará desde el corazón, y las peticiones le serán otorgadas porque coinciden con la Voluntad profunda que aspira a la realización espiritual.

Volviendo a la pasión de la envidia otro pasaje coránico da pistas para entenderla y tratarla:

“Propones la parábola de dos hombres, a uno de los cuales dimos dos viñedos, que cercamos de palmeras y separamos con sembrados. Ambos viñedos dieron su cosecha, no fallaron nada, e hicimos brotar entre ellos un arroyo. Uno tuvo frutos y dijo a su compañero, con quien dialogaba: <<Soy más que tú en hacienda y más fuerte en gente>>. Y entró en su viñedo, injusto consigo mismo. Dijo: <<No creo que éste perezca nunca. Ni creo que ocurra la Hora (día del Juicio). Pero, aun si soy llevado ante mi Señor, he de encontrar, a cambio, algo mejor que él¹³⁷>>. El compañero con quien dialogaba le dijo: <<¿No crees en Quien te creó de tierra¹³⁸, luego, de una gota y, luego, te dio forma de hombre?²>>. En cuanto a mí, Él es Dios, mi Señor, y no asocio a nadie a mi Señor”¹³⁹.

Vemos en este pasaje relacionadas las pasiones de la vanidad y de la envidia, pues el primer personaje ostenta sus propiedades y esto puede generar envidia en el segundo. La expresión ‘soy más que tu’ es aquí significativa y definitoria de la pasión de la vanidad, pues quien tiene tal actitud pretende rebajar al otro y verse a sí mismo, por contraste, engrandecido. Sin embargo, quien tiene tal actitud necesita que el otro se crea la mentira, pues verse a uno engrandecido sólo es posible

137 Su viñedo.

138 C. 71: 14.- Al crear a Adán. –Al crear a los otros hombres.- E.d., ‘de una gota de esperma’. C. 16:4.

139 C. 18: 32-37 (traducción de J. Cortés).

por contraste con otro que en apariencia es más pequeño. La vanidad se basa por tanto en la mentira, y es significativo que el término coránico traducido por ‘no creo’ se traduce otras veces por ‘conjeturar’, ‘opinión’, etc., es decir, que la vanidad se relaciona con el hecho de hacer conjeturas en sentido negativo, en este caso la conjetura de que las propiedades, los campos de cosecha, no son efímeros, y la opinión de que el Juicio no va a llegar. Esta opinión hecha pasar por verdad absoluta es la que da rienda suelta a la vanidad.

Pero el segundo personaje, en lugar de servir al ‘falso dios’ del otro, en lugar de jugar al juego del otro y creerse la mentira, sirviendo y engrandeciendo su vanidad, le responde protegiéndose con la pregunta por el origen de los dones, por el Dador, que ha creado al ser humano de tierra, de una gota y luego lo ha conformado. Si el segundo personaje hubiera sucumbido a la insinuación de la envidia, hubiese deseado lo que tenía el otro, pero en lugar de ello, le dice que se mire a sí mismo, que mire de donde ha venido su propio ser. Este personaje coránico nos da la clave para evitar la envidia, que es centrarse en uno mismo y reconocer el origen santo de los dones recibidos, tanto los propios como los ajenos, pues termina diciendo que ‘Él es Dios, mi Señor y no asocio a nadie a mi Señor’. Con esta afirmación reconoce que su Señor (*Rabb*) es el Dios (*Allāh*) Único que se manifiesta a cada uno de una forma determinada, es decir como Señor particular de cada uno, y el Señor de uno no es el mismo que el de otro, aunque todos apuntan al Señor absoluto, Señor de los cielos y de la tierra.

El pasaje concluye de la siguiente forma:

“Más te habría valido si al entrar en tu jardín hubieras dicho: <<Que sea lo que Dios quiera, no hay poder sino por Dios>>. Y si ves que tengo menos riqueza e hijos que tú, puede ser que mi Señor me dé algo mejor que tu

jardín y mande contra él algún castigo del cielo que lo deje como un erial, o que su agua se pierda bajo tierra sin que puedas encontrarla>>. Entonces su cosecha fue destruida y amaneció golpeándose las palmas de las manos por lo que se había gastado en él, cuando ahora había quedado asolado hasta las raíces y dijo: <<¡Ojalá no hubiera asociado a nadie con mi Señor!>>¹⁴⁰.

Dado que el método sufi está basado en el Corán, la frase en árabe que se traduce por ‘Que sea lo que Dios quiera, no hay poder sino por Dios’ (*Māšāllab, lā quwwata illā billāb*) es repetida como amuleto protector. Así, cuando llega al corazón una insinuación del alma compulsiva destinada a regocijarse por los propios bienes e hijos, utilizándolos como moneda social para despertar la envidia ajena, la repetición de esta aleya desactiva tal tentación. Ante tal insinuación el sufi recita esta frase y se sitúa en la actitud correcta, es decir, en la actitud ecuánime de quien actúa según la verdad y no según la apariencia y la ostentación.

Vemos también que el segundo personaje dice que puede ser que su Señor le dé algo mejor que el jardín del otro, pero es interesante constatar que no dice ‘un jardín mejor que el tuyo’, sino ‘algo mejor’. Con esta frase el Corán alude a la sabiduría de quien no sucumbe a la envidia porque sabe valorar, respetar y aceptar los dones que su Señor le da, que puede que no sean materiales como un jardín pero que quizás valen mucho más que las posesiones materiales. Se trata, por tanto, una vez más, de atender a la voluntad del corazón, basada en la verdad, y no a los caprichos del ego (*nafs al ammāra*) basados en la mentira.

El pasaje termina poniendo de manifiesto también que la

140 C. 18: 39-43 (trad. de A. Guijarro).

vanidad que despierta envidia en los demás es castigada por el cielo, pues el ‘mal de ojo’, según la tradición es real, y es puesto en movimiento ante estas actitudes desarraigadas de la verdad. ‘Asociar’ al Señor de cada uno, es decir, confundir la manifestación divina concretada en los dones de cada uno con otros falsos poderes es peligroso porque pone en movimiento la futura destrucción de los bienes, es decir, el despojamiento de lo que uno ha creído ser suyo sin reconocer ni agradecer la fuente proveedora, pues según el Corán es *Allāh* en tanto que Proveedor (*Razẓāq*) o Dador (*Wahhāb*) u otros atributos relacionados con los dones en general, quien otorga todo don, ya sea material o espiritual.

Precaución contra la lujuria y los talentos seductores

Hamlet, en el encuentro con el espectro de su padre asesinado recibe de este la revelación del secreto de su muerte a manos de su hermano, el ahora rey Claudio. Las duras palabras del espectro desvelan el verdadero ser interior del tío de Hamlet, pues es una serpiente que lleva la corona encima de su cabeza, una bestia adúltera e incestuosa con encantos seductores y talentos traidores. El espectro resalta el poder de los talentos e ingenios para seducir, pues gracias a estos la vergonzosa lujuria del ahora rey captivó el deseo de la reina y madre de Hamlet. La virtud, continúa diciendo el espíritu del padre de Hamlet, no se deja mover por más que le festeje una lujuria disfrazada de cielo, mientras que la lascivia, en cambio, nutrirá su deseo con inmundicias aunque esté al lado de un ángel radiante y en un lecho celestial¹⁴¹.

141 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto I, Escena V.